

DARIO

EN UN POETICO DISCURSO DE AYER

JOSE ANDRES URTECHO

Ingeniero de West Point,
Ministro de Relaciones Exteriores,
Candidato a la Presidencia
de Nicaragua, 1920

No fuera propio ni galante para un miembro del "Comité Darío" como lo soy yo, declinar la lisonjera designación con que, no obstante mi manifiesta incapacidad se sirvió favorecerme, para abrir este acto dedicado a la venerada memoria de aquel extraordinario ingenio nacional que fuera honra de la Patria y de la intelectualidad humana; y al aventurarme desconfiadamente en el ligero y general desempeño de semejante empresa que lleva aparejadas la dificultad y el honor en grado para mí imponderable, debo y quiero acojerme de previo a vuestra indulgencia que antemano agradezco y que de todas veras invoco

Señores:

Dijo Lamartine esta estrofa que, en fuerza del momento, he osado profanar vertiéndola al molde de la prosa:

El frío de la Muerte calla mi laúd, pulsad los vuestros, amigos míos. Y alce el vuelo mi alma de un mundo al otro. Al son de sus piadosos acordes"

No parece sino que esta onda armoniosa del canto intitulado "El Poeta moribundo" hubiese cruzado por la angustiada mente de Rubén, con la tristeza de los últimos recuerdos, pero también con la virtud milagrosa de la resignación que suavizó las sombrías exaltaciones de su fantasía, desvaneciéndolas en las tranquilas y aún plácidas contemplaciones de la inmortalidad

Y así, en aquella hora infausta de conturbadora resonancia para la generosa alma latina, cubierto el poeta de blanco; reclinada en la mullida almohada la laureada y soñadora frente; velados los ojos de mirar atrañente y profundo, cerrándose al invencible peso del sueño que no tiene despertares en el mundo; caída al pie del lecho la multicolor y novadora lira como escapada de las gentiles manos que ávidas se plegaron sobre la imagen de "Cristo incomparable perdonador de injurias"; iniciada en los labios la inefable sonrisa, cual si rimara su postrer pensamiento, como el Tasso, en un salmo de cristiana submisión —in manus tuas, Domine— emprendió su espíritu el soberano vuelo a lo infinito, al brotar de esas otras notas que la emoción cristaliza en las pupilas y que ruedan por las pálidas mejillas plañiendo el hondo y silencioso duelo, como una doliente elegía sin palabras, como una **Sinfonía en gris mayor** del corazón, sollozada al fatídico paso de esa "reina invencible —vestida de negro ropaje— la Muerte"

Dos años ha que oyéramos repercutir por todos los ámbitos de nuestra culta Metrópoli, de allí extendiéndose a los confines de la Patria, el largo y vibrante resonar de las doradas trompas de la lírica elocuencia **solemnizando aquellos regios funerales que por obra de mi evocación repasan ahora por las yermas vías de mi memoria, camino de la basílica del corazón** Oíd! Es el grandioso cortejo que ya viene! **Ya entonan los claros clarines la Marcha que anuncia el advenimiento de la Gloria** Llegó la triste Victoria, y oh! ya pasa debajo del arco triunfal el fúnebre carro que la fama conduce vestida de luto. Ya vibian del fondo de las sagradas naves de Catedral, las bendiciones de la Iglesia, en la solemne salutación del dignísimo prelado diocesano al Príncipe de la rima. Ya se hunde un sol en medio de las vanas pompas humanas, en la oscura y mísera fosa abierta al pie de la fuerte columna de San Pablo. Ya esplenden eternalmente sus últimos destellos el cielo luciente de la Patria. Pasó! Glorifiquemos la imprecadera memoria del compatriota ilustre que, nacido en humilde villa nicaraguense, hizo oír a su muerte el toque vacante desde todas las torres de marfil del mundo; que bellas y aristocráticas manos de mujer, las de las estimables damas, merecedoras de la calurosa loa, que honran "El Comité Darío", labrasen y erigiesen en el Parque de su nombre, como lo será en breve, el mármol glorificador de su aplaudido genio; y que uno, en fin, de los más gallardos vates peninsulares lanzara esta afada y resonante voz de rauda circulación por todas las tierras del habla de Cervantes, siendo a la vez como una advertencia y un lamento y una consagración:

"Nadie esta lira tañe sino es el mismo Apolo,

Nadie esta flauta suena si no es el mismo Pan"

Renovado y robustecido, como si dijésemos, en esta celebración recordatoria el eco languideciente de aquellas sentidas y hermosas declamaciones en el oír del Poeta nada podría añadir a la magnificencia de tan justa Apoteosis sino es la brasa del corazón en el incensario que mezcla hacia la celeste altura las espirales de mi admiración y de mi afecto, mientras la mente impresionada recuerda y repite la feliz y noble oración con que el Rey Francisco I saludara las cenizas de Laura, la Musa del Petrarca: "Oh, alma sublime! A ti el recogimiento del silencio. Tributo estéril me pareciera la alabanza para quien fuera enaltecida por el público aprecio más allá de la expresión"

Terminara aquí mi homenaje con esta breve y sen

cilla glorificación del Rey Caballero, si mi propia insuficiencia, estimulada por ascendrados móviles personales, no se afanase también en venir a dedicar esta noche, a la memoria del amigo y de poeta, su modesta ofrenda floral de capullos que aspiran a reventar en rosas en una ánfora de Epicuro: **La de la forma imposible que no encuentra el estilo; la de la palabra que escapa; la de la iniciación melódica que de la flauta fluye; la de la barca del sueño que en el espacio boga.**

La aérea barca del sueño! Boguemos en ella treinta estaciones atrás, hasta donde alcanza mis primeros recuerdos del poeta; hacia aquella brumosa lejanía, cuando un prestantísimo varón que también hace dos años descendió a la tumba, de aquellos de valor intrínseco que bien pudieran destacarse con natural gallardía de la entalladura de un Plutarco, rodeado de un brillante séquito palatino, llegó en busca de salud a la bella tierra de su nacimiento, a aquel ubérrimo suelo meridional que ora esconde la más exquisita de las mieles dentro de la corteza de su fruto; ora, dentro del corazón de sus mujeres

Crucemos el jardín Que deslumbrante coloración de luces! Cómo vienen las alas de la brisa pasajera recargadas con los trémolos sollozantes de la orquesta! Que espléndidos desfiles de beldades! Es la gran fiesta de la Sociedad rivense presidida por la inolvidable y meritísima personalidad de Don Evaristo Carazo, en honra de otros de sus esclarecidos miembros, el entonces Presidente Dr Don Adán Cárdenas

Un joven, como un paje de las Cortes medievales, pálido, delgado, zahareño, está en pie en medio del salón de baile, con la mirada encendida y vagarosa, dentro del halo de luz que circunda su apolínea forma. Es Tamiris cantando su reto en el Parnaso? Es Píndaro, el de la lira sagrada, celebrando a los vencedores de Delfos y de Olimpia? Es el trovador de las modernas justas provenzales recitando la canción que le valiera de blanca mano, la violeta de oro? Es Rubén, el poeta niño, adolescente, que llamado a improvisar versos al batir de cien palmas femeniles, copia en su inspiración los reflejos de aquel cielo de Mahoma, ya celestes como la blanda caricia maternal, ya negros como el fugaz y tímido relucir de unos ojos de gacela que despierta a la alborada del amor, y vencido y temeroso y triunfador al fin, si más afortunado que París en el jardín de las Hespérides, acude presuroso a los sagrados vergeles de su rica fantasía de poeta, y arranca las flores a puñados, y va, mago admirable de la rima, prendiendo las milagrosas gemas de su ingenio, en cariño y los dones de su admiración

Sigámosle rápidamente en su huella luminosa. Nostálgico de la anchura inconfundible del espacio, revuela del brioso aguilucho por la floresta centroamericana Bandadas de gaviotas que pasan cortando nuestros aires con giros caprichosos de vistosa y firme pluma, le traen murmurios excitadores de tritones y nereidas del dilatado mar, remedo de los cielos; hínchase el pecho de provocada altivez; prueba animoso la recia musculatura de sus alas, clava al sol las interrogantes pupilas, y envuelto en sus propicios rayos tentadores, alza el gigantesco vuelo sobre las ondas del Pacífico; cruza lenta

y provechosamente los enhiestos Andes chilenos aterrizando a la vera de las vastas pampas argentinas, en aquella hospitalaria cosmópolis del Plata, a la que entona el himno lapidario de las grandezas patrias, Buenos Aires, encanto de la América y orgullo de la raza Salud ilustre patria de Sarmiento y Mitre y San Martín! Dejad que a fuerza de ciudadano nicaragüense, emboque el roldánico bronce del reconocimiento popular, y haga resonar hasta allá dentro de vuestras fértiles riberas, el **canto errante** que os enviara el Poeta emocionado, desde las soledades de las pampas, **al clamor de las cien bocinas del pampero: Argentinos, Dios os guarde.**

Sigámosle aún por el camino que le lleva hacia la **Esfinge**. Aguila caudal de gran volar con la **Aurora por guía**— se cierne de paso sobre las principales capitales europeas, en los elevados círculos del arte, y viene a posarse al fin sobre el cornisamento del monumental Arco de Triunfo, en aquella inmensa y esplendorosa urbe de las consagraciones del genio; en aquel pequeño universo de fulgurantes constelaciones en donde nuestros propios y mil extraños astros se nutren de su inextinguible luz, al través de los siglos difundida en todas las esferas de la mentalidad y del esfuerzo humanos; y en donde se mueven en atrevidas elipses o en inmedibles parábolas, esos cuerpos visitantes que arrastran luminosas, luengas caudas imperiales, inflamables a más potente y visible magnitud al cruzar por la radiosa atmósfera de la antigua sede de la civilización mundial Pensárase de Rubén, por estotra comparación, el lucero errabundo, cautivo en la nébula de su evolución, la que, en no tardado día, viniera a condensarse, al rápido girar por su alta trayectoria, en sol flamante de la poesía española, extinto ya para siempre, bajo el horizonte de la vida, para intenso duelo de las letras castellanas

No es ésta ocasión apropiada, ni fuera tampoco dado a mi modesta palabra, acometer la audaz empresa de juzgar la obra literaria de Darío. Otros de gay saber y de diserta frase la emprendieron ya con la oportunidad y reposo que ha menester tarea de tamaños alientos. Yo solo tiendo a esbozar a grandes pinceladas la descollante talla del Poeta, bosquejándola con el variado colorido de la comparación, iluminada siquiera vagamente con los tonos del afecto y la verdad

Las luces matinales disuelven las brumas de la cúspide y bajan bañando cual flamígero alud, la falda esmaragdina del viejo Momotombo. El aroma de sus frondas, la exuberancia de sus vírgenes montañas, la magnífica imponentia de la Naturaleza en asombrosa acción, deleítan nuestros sentidos cuando nos llevan a discurrir por los amenos senderos de sus plantas. La inhollada cumbre roza el azul con el plúmbeo penacho de Vulcano. Salve grandiosa cima, solo alcanzada por el ala púgil o la flotante nube! No otra cosa expresa mi desvalido acento que el franco homenaje de ingenua admiración a la grandeza. Salve también a tí, Rubén, altísimo poeta de las excelsitudes del espíritu, conquistador de tu propia fama que legas a la Patria, en el no descrito canto de valía incomparable que traspasa sus fronteras y cubre de inapagables reflejos a todo un continente, y allende al Océano, a toda la noble y prestigiada España: el de la armonía, en la melódica **sona-**

tina de tu nombre, que no es otro que el de la luz, en las irradiaciones de tu Gloria!

Clara evidencia fué sin duda la del eminente crítico español, al predecirle que no solo modificaría la moda del ritmo, sino que la impondría "Mi poesía es mía, en mí" —dijo el Maestro en "Cantos de Vida y Esperanza", y consecuente el subjetivo esteta y predestinado innovador con esta profesión de su fé literaria, rompe los moldes establecidos de la métrica, y señala, como antes fué dicho del gran colombiano Rafael Núñez, "nuevas cadencias rítmicas" que dan libre flexibilidad y vuelo al arte de la versificación

Artistas exquisito de la forma, labra Darío su tersa y armoniosa prosa y talla las diamantinas facetas de sus versos, como el cincelador florentino sus peregrinos mármoles y joyas, o como el sutil orfebre lírico de **La virgen de Avila**, sus deliciosas creaciones. La belleza constituía su culto. El cisne legendario y heráldico lirio fueron sus símbolos sagrados. Tuvo en sus manos la lámpara de Aladino, y de ahí la paleta de frescos y múltiples colores, la potencialidad del ingenio que fulge en irisaciones admirables, la suave insinuación de refinada sensibilidad que trasfunde su obra delicada, clásica genial. A veces romántico con el hábil*colorista de la **Sinfonía en blanco Mayor**; otras, simbolista y raro y sugestivo con Verlaine; en ocasiones decadente con Mallarmé y Moreas; en otras vehemente y formidable y cósmico con Walt Whitman, el demócrata visionario asombroso de Long Island, pero dejando imperar por sobre tales y otras influencias, en su ascendente marcha el soberano dominio de su independiente y original personalidad. Ni romántico con Hugo; ni naturalista con Baudelaire; ni panasiano como Leconte de Lisle, pasó por las inspiradoras impresiones de las almas predilectas, e impelido por ese aletear exaltado de deificadas victorias, fué, en la senda y cima de la Gloria, el poeta sentimental, complejo e idealista que "vivió todos sus poemas", adorador y artífice de lo bello; "el poeta más grande de la España contemporánea", en las palabras de uno de sus mejores críticos, Don Andrés González Blanco; el cantor egregio y libre que arriancó y se apropió **de las olímpicas** de Píndaro, esta exclamación triunfadora: "aéda soy; maestro de mi mismo" **mientras alzaba su tirso de rosas bajo el gransol de la eterna Harmonía!**

Grande y modesto; modesta, como es la verdadera superioridad y lo es la grandeza, así le contemplé en su lecho de enfermo. Frente de pensador; ojos de breve y estudioso mirar, reflejando las fosforescencias del misterio y las suaves tonalidades de la bondad, pero entristecidos por la desesperación en la larga aflicción; ademán afectuoso y humilde de nazareno, que esclaviza las simpatías y realza la admiración. Grandeza y bondad martirizadas y amedrentadas por las primeras caricias de la Muerte, no parecías que fueras vos, Oh poeta excelso! quien descansara resignadamente allí, a la refrescante y dulce sombra del solícito hogar, en la tierra de vuestras juveniles iniciaciones. Dijérase que os faltaba vuestra tiara recamada de zafiros y esmeraldas, pontífice destronado; vuestro manto imperial y vuestro cetro semejante a un plectro, proscrito e infortunado monarca; vuestra corona de pámpanos y mitos, y vues-

tra mágica flauta, desterrado y fugitivo panida; vuestro palacio encantado, que en noches de feéricos caprichos hicieron surgir de consuno, avergonzando al sol naciente, la evocación de Scherezada y el cabalístico conjuro de la reina Mab, para vos Oh Príncipe de la argentina estrofa, que ostentabáis en el campo azul de vuestro heráldico escudo, el ave y la flor eucarísticas de las gentiles anunciaciones!

Los inclementes vientos del destino hicieron encaillar en las costas queridas de la Patria, la triste barca que navegabais vos, **ingrimo**, con el solo equipaje de la caja de "Página Blanca", en donde estaba **dolorosa difunta, como un muerto lirio, la pobre esperanza**; y mientras penetrabais en el recinto de la alborozada Ciudad de León, que el retorno del hijo pródigo llenaba de palmas y de vítores, pudisteis acaso repetir estas palabras del poeta de Sorrento, al llamar a su último asilo del convento de San Onofre: "Vengo a morir entre vosotros" sonriente los labios y húmedos los ojos, al besar la bendita tierra de la infancia, palpitando el corazón su profundo acto de gracias al Creador

Duerman en paz eterna sus sagrados restos bajo el ciclópeo dombo de Catedral, asombro de su primera edad; y pueda, en cercano día, su libre y privilegiado espíritu que fué todo luz y amor, purificado en el triple crisol del genio, del dolor y de la muerte, regocijarse allá en la celeste morada de los escogidos, al descubrirse mañana el mármol conmemorativo de su nombre y de su fama y al escuchar en tan hermosa ocasión el eco aclamador de nuestras voces que canten con nacional orgullo las alabanzas de su gloria inmortal

Verdad es que no es dado agregar un solo lauro a la artística carrera de Darío, colmadas de ínclitas victorias; pero cumple a nuestro deber, conocerle y apreciarle en su grande obra, honrándole y amándolo en verdad, en lo íntimo de nuestras conciencias, emulando así a los otros pueblos cultos de la tierra que ungen a sus altos poetas con la mirra de sus más levantados y caros sentimientos, descubriéndonos ante ellos —"esos hombres salidos de las manos de los dioses"— para aplicar la expresión de Séneca; que forman la legión dorada bajo las banderas del divino Apolo; y rindamos ahora y siempre, nuestro entero tributo de admiración y de cariño a aquel de entre ellos **que ayer no más decía, —el verso azul y la canción profana— con la orgullosa modestia que solo las espigas comprendieron**; a nuestro genial y consagrado artista que, olímpico y silencioso cruzó por el triste valle de la vida, la mirado al cielo, la mano sobre el cordaje de su magna y prodigiosa lira, sugiriendo la expresiva paráfrasis del bávaro Ruckert —"corazón de niño, cienes de Salomón"— y poniendo esta justa y vibrante emoción en nuestro **labios, soplo patrio creador de la estatua del mañana** Gloria, gloria a Rubén Darío, eximio poeta del número de los mayores que diera Nicaragua al Mundo!

Y abierto ahora el cortinaje de esta simpática velada que honra con su valiosa participación el mu amable y célebre novelista español don Eduardo Zamacois, haciéndonos sentir la gratísima presencia de la Patria, correspondeme implorar vuestro perdón, al anunciaros y al ceder el paso, como me complazco en hacerlo, a sus muy gentiles majestades, la Belleza y Arte! He dicho